

EUROPA “LIBRE Y FELIZ COMO SUIZA”

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Emilio Lamo de Espinosa*

Vivimos tiempos turbulentos que parecen confirmar el comentario de Hegel en *La Fenomenología del Espíritu*: los periodos felices de la humanidad carecen de historia y en ellos no pasa nada. Y ciertamente, desde que el 11S del 2001 penetramos en el nuevo siglo “bajo puertas de fuego” (como señaló Kofi Annan¹), la acumulación de acontecimientos (atacados terroristas, cambio climático, guerras en Irak y Afganistán, brutal e insospechada crisis económica) han generalizado una sensación de miedo, vulnerabilidad e incertidumbre que, en este nuevo fin-de-siglo, casi se tiñen de milenarismo (y recordemos que el joven Ortega se doctora en 1904 con una tesis sobre *Los temores del año mil*, el pánico que acompañó el anterior cambio de guarismo). Cunde la sensación de que el progreso se ha detenido o incluso retrocede, y la humanidad camina hacia atrás, puede que hacia su auto-destrucción. El post-modernismo articula esa nueva narrativa alrededor del recelo hacia el futuro y una desconfianza creciente hacia el progreso, la ciencia y la tecnología, cuando no hacia la misma razón, antaño la solución a todos los problemas y hoy problema ella misma.

Este *Zeitgeist* abarca también a Europa aunque puede que, en este caso, con razón.

A partir de los años 40 del pasado siglo, una de las grandes figuras de la brillante intelectualidad centroeuropea, el filósofo checo Jan Patocka, perseguido primero por los nazis y más tarde por los comunistas, y abrumado por el drama de la guerra, el GULAG y el Holocausto, fue elaborando

* Sesión del día 29 de mayo de 2012.

¹ Véase E. Lamo de Espinosa, *Bajo puertas de fuego. El nuevo desorden internacional*, Taurus, Madrid, 2004.

escritos varios publicados más tarde en francés con el título de *Europa después de Europa*². En aquellos análisis y comentarios Patocka daba testimonio de la aparición de un mundo “post-europeo” al que llamaba, con visión casi profética, la “era planetaria”. Como antes Stefan Zweig, Patocka aseguraba que Europa se había “suicidado” en las dos guerras mundiales, pero sin embargo había generado una “mundialización” de sus instituciones en una “herencia espiritual” que habría que recuperar. Europa, concluía Patocka, debía repensarse en ese nuevo mundo post-europeo. Una nueva Europa después de Europa, eslogan que acepté como título para mi último libro³.

La idea estaba entonces en el aire pues era una más de las consecuencias de la guerra. Por aquellos mismos años —concretamente el 16 de febrero de 1955— el gran historiador británico Geoffrey Barraclough pronunciaba en la Universidad de Liverpool una trascendental conferencia titulada *El fin de la historia europea* en la que aseguraba que, tras pasar de la Era Mediterránea a la Era Europa y, tras ella, a la Era Atlántica, vemos ahora emerger una Era del Pacífico⁴. Ello no significa —continuaba Barraclough— “que la historia europea haya terminado”, por supuesto. Pero sí “que deja de tener significación histórica” y pasa a ser una “historia regional” más, ya no “la historia del mundo”.

Esta charla ha sido pensada con este trasfondo: el de un mundo post-europeo. Pero ha sido escrita por un europeísta convencido, profundamente preocupado por la marcha del proyecto que llamamos UE. Hay en ella pocas dosis de euroescepticismo y muchas, sin embargo, de preocupación y puede que, en ocasiones, de desaliento, fatiga e incluso irritación. Estoy profundamente convencido de que hace falta más Europa, no menos; que hace falta ya mismo (quizás antes de ayer), no mañana o pasado mañana; y que su ausencia puede ser dramática para muchos europeos y sin duda para los españoles.

Pero tomemos distancia con nuestro tema para tener perspectiva y recordemos que con ocasión de la guerra de Irak, tanto el presidente francés Chirac como el canciller alemán Schröder y nuestro anterior presidente Rodríguez Zapatero —entonces todavía en la oposición—, seguidos de no pocos intelectuales y buena parte de la opinión pública, esperaban que la UE se transformara en un polo de poder alternativo a la hegemonía “unilateral” de los Estados Unidos, una potencia pacífica que frenaría la *hybris* del poder americano. Eran años de ingenuo euro-optimismo que se han trocado en universal euro-pesimismo. Alain Touraine por ejemplo, nos habla del

² Hay edición francesa, *L'Europe après l'Europe*, Verdier, Paris, 2007.

³ E. Iamó de Espinosa (ed.), *Europa después de Europa*, Academia de Ciencias y Artes, Madrid, 2010.

⁴ Barraclough, *History in a Changing World*, University of Oklahoma Press, Norman, 1956, p. 206 y 207.

“fracaso en toda regla de Europa”, la “desaparición de su papel mundial”, e incluso del “fin del modelo occidental”⁵. Sin duda están más cerca de la realidad estos análisis que aquellos. Pero, con todo, conviene matizar.

Pues la UE ha sido el gran experimento político europeo exitoso del siglo xx, tras los terribles fracasos de los otros dos grandes “experimentos” políticos (el comunismo y el fascismo), un éxito que debe ser destacado y que la propia experiencia española corrobora.

Efectivamente, desde el Tratado de París de 1951 que creaba la Comunidad Económica del Carbón y el Acero hasta hoy, Europa ha conseguido éxitos simplemente espectaculares.

Para comenzar, ha conseguido reforzar y extender ordenes políticos basados en el Estado democrático, el *rule of law*, la separación de poderes, una sociedad civil fuerte y el respeto a los derechos humanos. En 1945 no más de media docena de Estados europeos eran democracias; hoy lo son los 27 miembros pero en el linde exterior al menos otra media docena se preparan para ello. De modo que no es exagerado afirmar que jamás en la historia tantos ciudadanos europeos han gozado de tanta libertad.

En segundo lugar, la UE ha conseguido reforzar y ampliar la prosperidad a toda Europa. Para los países de la ya vieja UE15 la pobreza ha quedado atrás y hemos entrado, no en el bienestar, sino en la afluencia y, en ocasiones, incluso en la opulencia y el consumo ostentoso (aunque endeudado). Y de nuevo no es exagerado afirmar que jamás en la historia de Europa tantos han gozado de tanta prosperidad como ahora, prosperidad que se extienden a los vecinos y, eventualmente, también a los vecinos de los vecinos (aunque desgraciadamente no a la frontera sur de Europa, la del Mediterráneo).

Finalmente, Europa ha conseguido gozar de una seguridad jamás vista y no olvidemos que ese fue el objetivo del proyecto europeo, y nunca fue más cierto el comentario de Borges: no nos une el amor sino el espanto. Pues tras 300 años de “paz” Westfaliana y casi 50 años de bipolaridad, es decir, tras 350 años de guerras continuas, —guerras de dinastías, de pueblos o naciones, de clases, guerras de bloques—, el riesgo de guerra ha desaparecido casi por completo. Europa ha sustituido la clásica confrontación de soberanías estatales, acorazadas como múnadas impenetrables, por la puesta en común, la suma, de soberanías, dando lugar a un orden internacional y/o inter-estatal nuevo, post-hobbesiano (en terminología de Schmitter⁶), kantiano (según

⁵ A. Touraine, “El fracaso de Europa”, *El País*, 28 de mayo de 2010.

⁶ Schmitter, Philippe C., “The European Union as an Emergent and Novel Form of Political Domination”, *Working Paper*; Juan March Institute, Madrid, 1991/26.

Robert Kagan⁷) o post-moderno (según Robert Cooper⁸), un orden jurídico en el que el recurso a la violencia ha desaparecido de las relaciones internacionales.

Podemos pues decir con énfasis que jamás Europa ha sido tan próspera, tan segura, ni tan libre. Lo que no es poco, pues eso es todo lo que un ciudadano sensato puede pedir de un orden político: seguridad, libertad, prosperidad. Un éxito de alcance histórico-universal (como hubiera dicho Max Weber), que explica que todos los países vecinos desean ser europeos y, en buena medida, el poderoso atractivo que Europa ejerce en el mundo, su carácter modélico, su *soft power*.

Tienen pues razón quienes, como Mark Leonard, han argumentado que la UE posee un notable “poder transformador” basado en buena medida en su ejemplo y en su capacidad de crear derecho vinculante en un orden jurídico kantiano⁹. El poder militar —se argumenta— permite cambiar regímenes, pero la legislación permite cambiar sociedades. El poder blando de la UE sería tan eficaz, si no más, que el poder duro de otros países como los Estados Unidos. Estaríamos ante el ascenso de los “poderes herbívoros” frente a los “carnívoros”, representados todavía por los amenazantes actores de la guerra fría como USA, Rusia o China.

Pero incluso sus defensores no dejan de reconocer que la UE rinde por debajo de sus posibilidades¹⁰. Y ello por numerosos problemas que recientemente se acumulan sin encontrar solución.

Comencemos por el primero y principal. Pues como suele ocurrir, la semilla del fracaso anida en la misma estrategia del éxito, en el propio modelo de construcción de Europa. La UE sigue siendo un objeto político no identificado que se ha construido por la puerta de atrás, sin modelo o diseño previo, siguiendo el método funcionalista: arbitremos un mercado y una unión monetaria y que la economía tire de la política y que la política tire de la cultura. Recordemos la Declaración Schuman del 9 de Mayo de 1950: “realizaciones concretas” para generar “solidaridades de hecho”, tal debía ser “la primera etapa de la Federación Europea”.

⁷ Robert Kagan, *Poder y debilidad*, Taurus, Madrid, 2003.

⁸ Robert Cooper “The Post-Modern State”, en Mark Leonard, (ed.), *Re-ordering the world*, London, The Foreign Policy Centre, 2002.

⁹ Por ejemplo, Mark Leonard, *Por qué Europa liderará el siglo XXI*, Taurus, Madrid, 2005. También John McCormick, *The European Superpower*, Palgrave MacMillan, Londres, 2007.

¹⁰ Véase, por ejemplo, Mark Leonard y Richard Youngs, “El efecto Europa”, *Foreign Policy*, octubre/noviembre 2007, p. 34 y ss.

Dicen que Jean Monnet dijo al final de su vida que, de tener la oportunidad de construir Europa de nuevo, habría empezado por la cultura. No es cierto, no lo dijo, pero en todo caso menos mal que no se hizo así pues entonces no tendríamos UE. Por el contrario, el llamado “método funcionalista” ha sido un éxito, y la economía ha generado solidaridades de hecho que han tirado de las instituciones y de la política, aunque aun está por ver que esta haya respondido como debiera. Pues el precio pagado por el funcionalismo ha sido construir Europa por la puerta de atrás, sin verdadera participación ciudadana, casi como un “subproducto”: algo que se alcanza tanto mejor cuanto menos se explicita.

El resultado es un serio déficit democrático: la UE no responde ante los ciudadanos, no es *accountable*, y por ello es, además, incomprensible, opaca y burocrática. La UE profundiza y exporta democracia pero ella misma es dudosamente democrática hasta el punto de que se ha podido asegurar, con ironía, que si la UE pidiera mañana ingresar en la UE, puede que tuviera que ser rechazada por no cumplir los criterios de Copenhague,

¿La consecuencia de todo ello? La dificultad para saltar desde la unión de mercado y monetaria a la unión política, desde las solidaridades de intereses a las solidaridades del espíritu, del mercado a la política.

El problema del euro es una manifestación más de esta deficiencia. Como recordaba hace poco el ministro polaco de exteriores, Radek Sikorski, nuestro problema es como el de Italia tras la unificación: ya tenemos Italia, ahora necesitamos italianos, decía Massimo D’Azeglio. Pues bien, ya tenemos Europa pero no tenemos europeos, y una moneda común no es sino el símbolo de una unidad, de una solidaridad común¹¹.

Este es el problema central de la UE, la unión política, que se manifiesta y expresa en tres retos internos y otros tres externos. Veamos rápidamente los primeros antes de saltar a los segundos.

El primer reto de la UE actual es el de la profundidad, a saber: sobre qué ejerce su gobierno la UE, sobre qué manda la UE y sobre qué mandan los Estados. Cuestión que remite a otra: ¿estamos ante los Estados Unidos de Europa, una confederación de Estados que camina hacia su eventual federación? Se asegura que la UE es un gigante económico. Ciertamente, si por tal se entiende un inmenso mercado y una poderosa máquina productiva. Pero en la medida en que esa poderosa economía no puede ponerse al servicio de

¹¹ *Poland and the future of the European Union*, conferencia pronunciada por el Ministro Polaco de Asuntos Exteriores Radek Sikorski en Berlín el 28 de noviembre del 2011.

un proyecto político por carecer de gobernanza, el gigante no controla sus miembros que caminan cada uno a su propio ritmo. ¿Cómo tener unión monetaria sin control presupuestario, sin armonización fiscal y, sobre todo, sin gobernanza económica?

Junto al dilema de la profundidad, el de la amplitud de Europa, quizás el más visible. ¿Estamos ante una unión política de la región Oeste del continente euroasiático, una unión territorializada, como lo han sido siempre los Estados, y en ese caso cuales son sus fronteras? ¿O más bien se trata de un método nuevo de articulación de relaciones internacionales y resolución de conflictos? Es decir, ¿se trata de sustituir a los viejos Estados o de sustituir al viejo orden internacional westfaliano? Puede parecer paradójico, pues se presenta como lo primero, pero en buena medida es más lo segundo: La cooperación europea, decía Jean Monnet, “no es un fin en sí mismo sino sólo una fase en el camino hacia el mundo organizado de mañana”, un método de articulación de la sociedad internacional mediante la suma, y no la confrontación, de soberanías. Y ahora la UE, más que una federación (o una confederación), sería un original método de articulación inter-estatal que puede extenderse como una mancha de aceite y, tendencialmente, podría llegar a abarcar al mundo entero; una alternativa al sistema de Naciones Unidas, este basado en la soberanía de los Estados, la UE en la soberanía compartida.

Finalmente el tercer dilema afecta al modelo socio-económico, sin duda uno de los rasgos de la identidad europea ¿Se acepta el modelo de Estado de Bienestar franco-alemán, que sirvió muy bien en el pasado? ¿O se opta por un modelo anglo-americano, privatizado y des-regulado, que muestra ahora su peor cara? En todo caso la UE, que sin duda goza del modelo social más avanzado del planeta, debe preguntarse cómo puede pagarlo, y ello exige aumentar la productividad¹² además de revisar radicalmente su demografía: de los treinta países del mundo con porcentaje más alto de población mayor de 60 años, nada menos que veintinueve son europeos. ¿Cómo generar una sociedad activa, dinámica y emprendedora cuando hay más abuelos (mayores de 65 años) que nietos (menores de 15)?

Pero vayamos a la UE vista desde fuera, a los tres dilemas externos.

“El principal reto de Europa —asegura Van Rompuy— no es el riesgo de guerra entre naciones europeas; tampoco lo es el de establecer la democracia; “nuestro principal reto es como lidiar, en tanto que Europa, con

¹² Véase, al respecto, Anthony Giddens, *Europa en la era global*, Paidós, Barcelona, 2007.

el resto del mundo”.... ¿Cómo podemos imaginar a la Unión Europea en el océano geopolítico —se pregunta—? ¿Estamos todos en el mismo barco y bajo la misma bandera?”¹³.

Cierto, pues mientras la globalización fue esencialmente económica, se trataba de un juego de suma positiva; todos podemos ganar. Pero hemos entrado en una segunda fase de la globalización, política tanto como económica, y la política —dice Van Rompuy— “es acerca de *rappports de force*; el poder es relativo”: si uno gana otro pierde y, por lo tanto es un juego de suma cero. Y así, los tres últimos retos afectan a la UE como actor frente a otros actores en el escenario mundial, tema en el que se enfrenta hoy a tres serios problemas: un déficit de política exterior, un déficit mayor aun en seguridad y, finalmente, a una brutal tormenta en el “océano geopolítico”.

Vayamos por orden.

La pregunta es ya insoslayable: ¿es posible y realista “una” política exterior europea común que vaya más allá de lo que ha sido una práctica meramente “declarativa” sometida a la regla de la unanimidad? A estas alturas todos sabemos que, considerando la diversidad de intereses económicos y políticos, el peso de la historia colonizadora de los países europeos y su variada proyección geográfica, no parece tarea fácil. ¿Es razonable esperar que Francia “comunitarice” su política africana o árabe? ¿Puede Europa asumir la agenda latinoamericana de España? ¿O la agenda ruso-asiática alemana, que renace? ¿Es realista pensar en una fusión de los servicios exteriores de los 27 países o en una representación común en los organismos internacionales? Los países de la UE disponen de más del doble de diplomáticos en activo que los Estados Unidos, unas 110.000 personas en más de 3.000 delegaciones (USA tiene 240 delegaciones), y la ayuda al desarrollo es casi el triple que la de Estados Unidos. No faltan pues recursos sino voluntad y coordinación.

Déficit institucional interno que se dobla de inadecuación institucional externa, pues el sistema de Naciones Unidas es muy anterior a la UE y no la contempla, y así debemos preguntarnos: ¿renunciarían Francia e Inglaterra a su posición permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas a cambio de la presencia de la UE? Pero es todo el sistema de Naciones Unidas el que debería revisarse para dar entrada a la UE en lugar de / además de, los Estados, de modo que en el mundo, en los organismos internacionales o en las cumbres más variadas, como las del G8 o G20, tenemos muchos europeos....pero muy poca Europa.

¹³ Discurso de Van Rompuy en el Colegio de Brujas, 25 de febrero del 2010, *The Challenges for Europe in a Changing World*.

Pero además, ¿cómo respaldar esa política exterior? ¿Con qué fuerza? Europa ha sido un *free-rider*, un “gorrón” de la seguridad americana desde 1945¹⁴. Porque no ha podido, porque no ha querido, o porque no la han dejado (que de todo hay), el resultado neto es que su seguridad ha dependido de un ejército ajeno que responde ante un *taxpayer* ajeno y otros intereses. Y así sigue.

De momento, con un PIB superior al americano nuestros gastos de defensa no llegan al 40% de los suyos. Y buena parte de ese cicatero gasto en defensa alimenta ejércitos clásicos, westfalianos, preparados para defender el territorio de ataques de vecinos, justo el escenario que la UE ha cancelado definitivamente, de modo que se estima que alrededor del 70% de las fuerzas armadas de la UE son inútiles fuera de su territorio nacional. El gasto militar europeo —se señala con frecuencia—, es más una realidad aritmética que política. Y sin fuerza que la respalde, la renqueante política exterior de la UE es escasamente creíble. Sobre todo si se considera que deberíamos correr mucho para no perder posiciones; según el SIPRI en los últimos diez años China aumentó su gasto militar casi un 200%, Rusia un 173%, África del norte un 94%, la India un 44%; la UE un 5% de la UE. Comparativamente el nada desdeñable *hard power* de la UE se erosiona a gran velocidad.

Pero además, ¿podemos seguir confiando en el *big brother* americano? Dudoso. Acabada la Guerra Fría Europa no es ya para USA un problema, pero tampoco es una solución para los problemas que tienen en otros escenarios. Los Estados Unidos reorientan sus prioridades hacia el oeste, y más que el primer presidente negro de los Estados Unidos Obama es el primer presidente asiático. Estados Unidos —declaraba Obama en Canberra en Noviembre del 2011— “es una potencia del Pacífico” donde “está para quedarse”. Y es aconsejable leer el discurso de Robert M. Gates el 10 de junio del 2011 en Bruselas, entonces todavía Secretario de Defensa de USA, una suerte de Adiós a Europa, por parte de quien ha sido nuestro principal aliado durante todo el siglo pasado.

Pero el tercer desafío externo es, sin lugar a dudas, el mayor: la tormenta desatada en el océano geopolítico. El principal problema de Europa no es ella, sino el mundo, pues mientras la UE camina, aunque sea a paso de tortuga, el mundo galopa desde hace décadas.

¹⁴ Empleo el término *free-rider* o “gorrón” en su sentido técnico, a saber, quien se aprovecha de bienes públicos (como la seguridad, en este caso) sin contribuir a ellos. Como es bien sabido la teoría del *free-ride* fue elaborada por Mancur Olson en *La lógica de la acción colectiva*, libro del que hay numerosas ediciones.

La demografía es el destino, escribió Comte. Pues bien, en 1950, antes de ayer como quien dice, de los diez países más poblados del mundo seis eran europeos; hoy, de los veinte más poblados hay solo uno europeo, Alemania. Y en las próximas décadas Europa no solo no crecerá sino que decrecerá y para el año 2050 o antes Europa toda será poco más del 6% de la población mundial, y recordemos que llegó a ser más del 25% buen parte del siglo xx. Las dos Américas serán entonces otro 6 ó 7% aproximadamente casa una y, por lo tanto, todo el viejo Occidente sumará poco más del 20%, lo mismo que África y una tercera parte que Asia. Y hablamos de cantidad de población, no de calidad, pues la consecuencia del escaso crecimiento es el acelerado envejecimiento.

En todo caso la consecuencia de esta demografía asimétrica entre Occidente (*The West*) y el Resto (*The Rest*), sumada a la actual Revolución Económica Mundial, es la emergencia de nuevas potencias económicas, que se doblan de potencias militares y estratégicas. Y así, Europa occidental que llegó a ser el 33% del PIB mundial en la época dorada de la Revolución Industrial, entre 1870 y 1913, ha descendido desde entonces a un 20% aproximadamente¹⁵ y sigue descendiendo.

Mientras, China es ya la segunda economía del mundo que puede alcanzar a la de los Estados Unidos en un par de décadas. La India es la cuarta, Rusia la sexta, Brasil la octava, México la undécima, Corea del Sur la duodécima, todos por delante de España, que en pocos meses hemos descendido de la posición 8ª a la 12ª.

Y el poder económico se dobla en poder político y militar. China gana ya más votaciones en Naciones Unidas que Europa, cuando hace un par de décadas era al contrario. Y China o India, con ejércitos que son ya inmensos (de mas de 2,5 millones de hombres el de China), y nuclearizadas, están construyendo aceleradamente armadas oceánicas para asegurar las rutas de suministro de sus recursos a través del mar del Sur, sin olvidar el control del espacio (e India se propone llegar a la Luna). Pero no son los únicos, pues la militarización de un país acelera la de los vecinos.

Estamos ante un cambio es histórico, un cambio de era, un mundo post-europeo como decía Patocka. Durante más de trescientos años la historia del mundo, la historia de América, de Asia o de África, se ha escrito aquí, en El Escorial o Lisboa, en Londres, Paris, Berlín, más tarde en Washington. Eso ya no es así; Europa se suicidó en dos “guerras civiles” (las dos

¹⁵ Véase A. Maddison, *The World Economy*, OECD Publishing, 2006 y la web <http://www.ggdc.net/Maddi->

Guerras Mundiales) y perdió sus Imperios coloniales, y de hecho, entre 1945 y 1991, Europa fue territorio colonizado por potencias periféricas, por Estados Unidos o la Unión Soviética, incapaz de controlar su propio destino. Pues bien, la pregunta ahora es si en los próximos siglos Europa será capaz al menos de controlar su propio destino o, como le ocurrió al resto del mundo antes, ese destino se escribirá en Beijing u otro lugar. Lo que los historiadores han llamado la Era de Europa, que comenzó con las grandes navegaciones de altura de los *iberian pioneers* (Toynbee) en el siglo xv, ha tocado a su fin, y el puente de mando de la humanidad se mueve de nuevo hacia el oeste.

Y concluyo.

El 19 de septiembre de 1946, poco después de que callara el ruido de las armas, en su famoso discurso de Zurich, decía Churchill:

Hay un remedio que si se adoptara de una manera general y espontánea, podría cambiar todo el panorama como por ensalmo, y en pocos años podría convertir a Europa, o a la mayor parte de ella, en algo tan libre y feliz como es Suiza hoy en día. ¿Cuál es ese eficaz remedio? Es volver a crear la familia europea.

Pues bien, la “familia europea” ya se ha creado y Europa es tan “libre y feliz como Suiza”.

Pero aquel deseo contenía una profunda ironía que hoy vemos con claridad: el de transformarnos en una sociedad de alta calidad pero aislada y ensimismada: ser “la Suiza del mundo”. Un hermoso y elegante parque temático, bello, culto, sofisticado y decadente, un lugar ideal para vivir, donde los ricos del mundo enviaran a sus hijos a estudiar y mantendrán residencias secundarias, por si acaso, lleno de museos, operas y teatros, pero cerrado al mundo, aislado e irrelevante.

Así nos ven ya en el resto del mundo, y cuando se indaga fuera de Europa sobre la UE como eventual potencia mundial, el resultado es descorazonador. Para los habitantes del planeta los Estados Unidos son la gran potencia indiscutible (81%), seguida por China (50%), y ya muy por detrás, y casi empatados, por Rusia (39%), Japón (35%) y la UE y el Reino Unido (empatados en el 34%). Un ranking que no deja de ser sorprendente: ¡la UE no es percibida como más poderosa que el Reino Unido, Japón o Rusia! Pero más interesante es analizar quien otorga a la UE esa mediocre posición, pues mientras que el 81% de los alemanes o el 76% de los ingleses aseguran que la UE es hoy un “poder mundial”, sólo piensan lo mismo el 5% de los indios, el 12% de los brasileños, el 13% de los rusos, el 20% de los japo-

neses, e incluso el 26% de los americanos¹⁶. Más en concreto, para los chinos la UE no existe como centro político con visión estratégica¹⁷, mientras para los indios la UE es, simplemente, el pasado. Para unos y otros los Estados Unidos son la referencia internacional y la UE ni acaba de estar, ni se la espera. Los europeos estamos convencidos de que somos una potencia mundial pero, desgraciadamente, muchos, al parecer, no se han enterado. Algo hemos debido hacer muy mal para ser así percibidos.

Europa debe responder a estos desafíos; no tiene alternativa. Algunos peinsan que debemos aceptar –de nuevo con Stefan Zweig y su “mundo de ayer”– las estrofas finales del canto del Julio Cesar de Shakespeare:

*El sol de Roma se ha puesto. Nuestro día murió.
Nubes, rocío y peligros, se acercan;
Hemos cumplido nuestra labor.*

Es un modo acomodaticio y blando de aceptar la debilidad como destino. Con mayor vigor y menos complacencia Octavio Paz nos describió hace no mucho:

Lo único que une a Europa es su pasividad ante el destino. Después de la Segunda Guerra Mundial las naciones del Viejo Mundo se replegaron en sí mismas y han consagrado sus inmensas energías a crear una prosperidad sin grandeza y a cultivar un hedonismo sin pasión y sin riesgos¹⁸.

Libres y felices como los suizos, podía haber añadido Paz. Evitar que Paz tenga razón es nuestro reto inmediato. Construir una nueva Europa después de la Era de Europa.

Muchas gracias.

¹⁶ Véase el sondeo de opinión pública *Who Rules the World*, Berlin, Octubre 2007, realizado para la Fundación Bertelsmann.

¹⁷ Karine Lisbonne-de Vergeron, “Contemporary Chinese Views of Europe”, *Royal Institute of International Affairs*, 2007

¹⁸ Octavio Paz, *Tiempo nublado*, Seix y Barral Barcelona, 1983.